

A sesenta años de su muerte, recordamos al célebre escritor norteamericano en las palabras de una joven María Luisa Bombal, quien, atraída por el genio de este autor, quiso entrevistarlo en Nueva York.

POR MARÍA LUISA BOMBAL
SÍ. MÉRICO, 5 DE NOVIEMBRE DE 1958.

EMONTRARSE de pronto con que una ciudad rompa dentro de su leyenda es, desde luego, una emocionante sorpresa. Pero si llega, como Nueva York, a sobrepujar su leyenda, con qué intensidad inesperada se muestra uno por ella.

En Nueva York no hay rascacielos. Quien decide lo que nosotros entendemos por rascacielos: un edificio descomunal e indumento como un grifo. (...) Manhattan está todo construido a una misma escala, sin nada que sobresalgua, sin nada que prenda la vista, como se dice en la legislación y las leyes de la arquitectura. (...)

Nueva York es la ciudad del silencio. Porque Nueva York, la ciudad en donde tienen sus oficinas y se entretejen todas las rutas, donde se hablan todas las lenguas, la ciudad del movimiento, de las aglomeraciones en una ciudad... silencio. Los límites en su silencio contienen en los muelles todo lo que la industria canalla y desbraya el aporte humano de varios países a un tiempo. De entrada, la ciudad impone natural y sencillamente la más elegante de las disciplinas: el silencio. Y también la ciudad del orden es la ciudad de la simplicidad y el respeto al prójimo. Los americanos parecen haber comprendido mejor que nadie que la civilización consiste ante todo en un pacto y una transacción. Un pacto entre todos, con la parte subversiva de sí mismo, y un pacto y una transacción con los demás.

(...) Nueva York es una ciudad positiva. Allí no se ha perdido el impulso lo imaginativo, sentimental o "frívolo", porque se ha ganado su regeneración y su perfección.

— Cuando dije que quería conocer a Sherwood Anderson habrá sido cosa tonta, exclamaciones estépticas: "¿Sherwood Anderson? Nunca ve a nadie, ¡más inaccesible! Esa que estás deseando en su editor!"

Sin embargo, fue W.W. Norton, que no es el editor de Sherwood Anderson, quien me consiguió, rápidamente y gentilmente, la entrevista que solicitaba. Miss Sherwood Anderson me firmó al hotel sus saludos y me citó para esa misma tarde a las 16.

A hora ya había preparado, con la tempranecia de una periodista de espaldas, una serie de preguntas pampas con las que me proponía poner al descubierto "el espíritu del escritor americano". A saber:

a) Tú, según usted, desempeñ el escritor a similar, a permanecer ajeno a los problemas sociales, a no tomar parte activa en la política?

b) ¿Qué escritores, qué literatura, qué traductores han ejercido según usted influencias en su propia literatura?

c) ¿Qué opina usted de la América del Sur, de su cultura, cómo las pueden ser apreciaras afinidades intelectuales con los Estados Unidos, norteamericanos?

Pero Sherwood Anderson viene a aclarar la pregunta de que es cosa, un espaciioso estudio de otros vitales. Esta impresión tan poco solemne no estaba en su edición. Sin embargo, sin intimidarme me puse a observar con curiosidad alrededor mío. Sherwood Anderson me advirtió suavemente: "No se de tanto trabajo. Este estudio no es mío. Nos lo ha prestado una amiga americana estamos aquí. Nosotros vivimos en el campo. En Virginia". Y sin más preámbulos me presentó a su señora, una gran dama americana muy inteligente como monogála.

A pesar de todo, y para no dejar de cumplir con lo que yo consideraba en el deseo de periodista formular la primera pregunta.

— Tú, según usted, el escritor tiene derecho a aislarse, a no tomar parte activa en la política?

Sherwood Anderson me miró gravemente un instante.

— Oh, sí; es lo que piensa.

— ¿Crees tú posiblemente que no haya concordado un solo escritor americano con las opiniones del P.E.N. Club? — trascendió dando rienda suelta mi orgullo de periodista.



En Nueva York con Sherwood Anderson



— Oh, sabe usted, a nosotros los escritores americanos no nos gusta hablar tanto y tanto. Preferimos escribir cada cual en su risa o mal o bien, pero escribir.

Y Sherwood Anderson sonrió con simpatía y con un poco de cansancio.

La ocasión me pareció buena para sincerarme:

— Francamente (no puede menos que decirle) no trago pasta de periodista. Sherwood Anderson. (Qui) pasa de su amado a Sherwood Anderson!

Porque el autor de *Poor White* y de *Death in the Woods* era realmente igual a la idea que nos hacen de él: varón, fornido, cansado, de traza sencilla tan silegante, de una inteligencia accesible y serena.

La señora de Anderson trajo "whisky". Ella y su marido me mostraron luego el jardín detrás sobre el que se alza el estudio, luego el estudio y los cuadros de la amiga, y sonriendo con benevolencia de mis estupideces, me hicieron a su vez preguntas.

Pero fui a mí a quienes tuve que sonreír cuando Sherwood Anderson manifestó su sorprendente ingenuidad a la par que cierta incredulidad de que en la América del Sur podíamos conocer tan libre.

— ¿Cómo? ¿En qué idioma? ¡Pero inglés!

— Sí, no sé inglés para traducirnos al francés y al español también.

— ¡Así es que en la América del Sur saben que yo existo! (Qué tarro! Qué macarrón!)

(...) "América del Sur, América del Sur", repitió, mientras me acompañaba hasta la puerta.

Al día siguiente me mandó una carta de la que transcribo aquí algunas frases:

"Se está hablando mucho de la necesidad para todos nosotros, en especial los Americanos, de tratar de conocernos mejor los unos a los otros. Creo que esto debiera emprenderse comenzando por la traducción y publicación aquí de nuestros autores más famosos. Hay autores americanos existentes, sin duda alguna, sin gran interés por la América del Sur. Me atrevo a afirmar que no existe un escrito de orden comercial, hoy en día, ni tampoco una especie de movimiento nuevo. Algo terrible parece haberse apoderado del Viejo Mundo. Ya no podemos seguir sometiéndole nuestros impulsos culturales de allí. Algo está allí corrompido".

Cierto invitado al congreso de los P.E.N. clubs, no pudo menos que impresionarme profundamente la última frase de su carta. Todos los escritores europeos que frecuentaban las sesiones y a los vieneses sólo me parecían grotescos en vigore sus derechos de autor. Yo los observaba moverse en ese maravilloso país. Los intelectuales europeos vienen a América a ver

América, según se les antojó a ellos que es América, me decía. Tenían intención de ver las cosas limpia y sinceramente, sin prejuicios ni lugares comunes. Parecía que intentaban recoger nuevas impresiones, ver nuevos paisajes, como si cada nuevo elemento, en lugar de ensuciarlos, fuera a romper el equilibrio precario de sus pasionadas vidas intelectuales.

¡Qué distinto fue, en cambio, el gato paseo a que nos invitó en su coche Sherwood Anderson para mostrarnos algunos aspectos de Nueva York! China Town, Harlem, donde todo espectral y cada tipo de negro enloquecido se Sherwood controló al fin en suerte viendo con sonrisa por primera vez. A la vuelta de su calle imponente y elegante y deportiva se bajó de su automóvil y vino a reprender a Sherwood, que manejaba desplazadamente, la más dura de los escritores americanos recibió con atención y expresión sobre el discurso, por lo demás bastante insólito, del "golpeón" de color, y poco falso para que se excusara.

— Asimismo un negro se atrevió a interrumpir así a un intelectual europeo: ¡Hasta aquí se ha llegado!

Anderson sonrió y explicó,

— Si hubiera sido un blanco, no respondería de lo que hubiera pasado, pero a un negro moriría de depurar la bandera de sus derechos.

Como la mayor parte de los intelectuales americanos, Sherwood Anderson ama a los negros; un santo bocón de caridad y a la voz de predicar; independiente filosóficamente.

Drapado del apuesto y soberbio sombrero, y el gran revuelo de los palomas en las estrechas calles empinadas.

— Durante el trayecto de vuelta, Sherwood Anderson, con su entusiasmo y sus risas felices sin fin, me habló del libro que estaba escribiendo, del capitán que acaba de resolver esa misma tarde, antes de venir a buscarnos. Mi pregunta casi mi-ignorante.

— Por la noche tuve lugar el banquete solitario con que fueron cerradas las sesiones del congreso de los P.E.N. clubes. Octocientas personas, pero muy pocas escritores americanos. Negra estaba sentada en la mesa cabecera. El día anterior había llegado de España. Algunos radamericanos lo más llenos ingenuamente emocionados, conmovidos por el drama que significaría para él tener que sentirse vestido de frío a vive marea, por donde literario y elegante, al día siguiente de una fiesta tan dolorosa. No fue lo mismo cuando al final del banquete accedió a tocar la pellizca y con la copa en la mano brindó sobre su media docena inglesa, habló de la belleza de los nacimientos, etcetera. Encantado su resignación nos pareció tan extraña.

Para la noche nos tenían reservadas otras sorpresas: Pearl Buck nos habló breve y solemnemente de la China destronada, y luego, luego se levantó y habló la China misma en la persona del famoso autor Lin Yutang; habló esta vez con la alegría y la veracidad de un "speak-easy" de radio.

No sé qué pensaría en ese momento Pearl Buck. Por mi parte, mientras volvía al hotel, la frase de Sherwood Anderson me resonaba en los oídos:

— Algo terrible parece haberse apoderado del viejo mundo. No podemos ya seguir tomando nuestros impulsos culturales allí. Algo está allí corrompido.

En Nueva York con Sherwood Anderson [artículo]

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario: Bombal, María Luisa, 1910-1980

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En Nueva York con Sherwood Anderson [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)